

GAUDENCIO

Lucy y Ernesto tuvieron que esperar mucho tiempo para hablar con la viuda de su padre por el llanto incontrolable de ésta. Por favor Luisita, ya deja de llorar, le decía la hija del difunto, mi papá ya tiene dos semanas de muerto. Cómo quieres que deje de hacerlo, ¿no te das cuenta que lo perdí para siempre?, contestaba ella. Entre el llanto fue platicando todo lo sucedido en el último año de vida del esposo, sus depresiones, sus dolores, sus insomnios, sus miedos, sus corajes, su violencia. Te admiro, le comentó el hijo, no sé cómo pudiste soportar sus malos humores, sus gritos, sus exigencias, nosotros como hijos jamás lo pudimos, nuestra madre, menos, por eso se separó de él. Lo sé, contestó ella, y eso que tu papá la quería tanto, nunca dejó de hacerlo. Era una de sus frustraciones mayores. Cuántas veces no la buscó, le pidió que regresara con ella, que él estaba dispuesto a divorciarse de mí si lo hacía. ¿Eso no te molestaba mucho?, preguntó Lucy. No, contestó, cuando me casé supe que él no me pertenecería completamente, que tu madre siempre estaría presente, pero el amor es el amor y yo adoraba a tu padre. No entiendo por qué, dijo Ernesto, él era mucho mayor que tú. ¿Alguien podrá explicar lo que es el amor y por qué se da? ¿Verdad que no?, dijo ella. Mi familia nunca estuvo de acuerdo con mi matrimonio, ustedes tampoco. Bueno, nosotros...interrumpió Lucy. No digas nada, pidió Luisa, es la verdad y tenían razón. Tu padre es, perdón, era rico y lo lógico es que pensarán que me iba a casar con él por dinero. Se los juro que no, eso es lo que menos me interesó de él. Y para que vean que es verdad ya renuncié a recibir lo que me dejó en el testamento. Esta casa les pertenece a ustedes, las cosas a tu madre, de ella eran. Yo me iré a vivir donde pueda, eso no me importa. Fui con el notario para hacerlo por escrito. Nada me pertenece, lo que me pertenecía ya murió. Cómo me

hubiera gustado morir con él, pero eso no se puede, soy católica y jamás me voy a quitar yo misma la vida. Algo te tiene que tocar, de algo tienes que vivir, le dijo el joven. Ya trabajaré, eso lo hice hasta que me casé con tu padre, aseguró la viuda, no ganaba mucho pero sí lo suficiente para vivir decentemente. No es justo, dijo Lucy, tú lo aguantaste, cuidaste su salud, sacrificaste tu juventud. Calla, le dijo Luisa, no fue ningún sacrificio, lo que se hace para el que se ama no se puede catalogar como eso. Yo lo acepté cómo era, hasta los golpes que me dio...¿Te golpeó?, preguntó Ernesto muy asustado, ¿se atrevió a eso? Bueno, no fueron muchas veces, contestó secándose una lágrima, cuatro o cinco. Una vez sí me asusté mucho pues estuve a punto de perder un ojo, pero afortunadamente no pasó de la hinchazón, de los dolores. Claro, no veo bien con ése. Pero son cosas que suceden en los matrimonios, y eso es mucho más frecuente que lo que se dice. La verdad, aseguró Lucy, que nunca nos imaginamos...Pero insisto, no debes quedar desprotegida, Ernesto y yo...Ernesto y tú tienen familia a la que proteger. Olvídense de mí, pidió la mujer, hagan de cuenta que no existí en la vida de ustedes dos, como fue en realidad. Al casarme ustedes dejaron de ver a su padre y por supuesto menos me vieron a mí. Si no es por esto de la muerte pasaríamos años sin vernos la cara. Te pedimos perdón, dijo Lucy apoyada por Ernesto. Si hubiéramos sabido cómo eras...Por favor, dínos qué podemos hacer por ti, lo que sea. Sí, agregó Ernesto, lo que sea: dinero, cosas, te puedo conseguir un buen trabajo. Es más, puedes irte a vivir con nosotros. ¿Verdad Lucy que sí puede ir contigo y conmigo algún tiempo? Claro que sí, afirmó la hermana, el tiempo que quiera. Gracias, dijo la viuda abrazándolos y besándolos, me quitan algo del dolor que tengo con lo que acaban de decir, pero saben que eso es imposible. Ustedes tienen su mundo, yo el mío, eso sí, por favor, de cuando en cuando háblenme por teléfono, mándeme un mail para saber de ustedes y de sus familias. Yo los amo por ser hijos de él, y perdonen que vuelva a

llorar. Nunca pensé que muriera en la forma en que lo hizo, si no hubiera ido a ver a mi madre enferma ese día no hubiera sucedido nada. No te tortures, le dijo Lucy, él estaba mal. Por supuesto, dijo Ernesto, tú no hubieras podido hacer nada.

Ahora, meses después, Luisa vive feliz en su pequeño departamento que le obsequiaron los hijos de Gaudencio y con la renta que le dan, más feliz sabiendo que se creyeron lo del suicidio, de que él se hubiera arrojado de la terraza.

Tomás Urtusástegui

2009